El lenguaje en este país

Minucias del lenguaje

José G. Moreno de Alba Chicle

La voz náhuatl tzictli designa una gomarresina producida por el tronco del árbol llamado chicozapote, propio de las regiones selváticas de los estados de Chiapas y Quintana Roo, en el sureste de México. Con algunas modificaciones fonéticas fáciles de explicar tzictli se incorporó como chicle en el léxico del español mexicano. En esta columna, que pretende ser filológica, resulta imposible exponer con cierto detalle los complicados procedimientos de extracción e industrialización de este producto así como la manera en que su comercialización ha influido en la economía de nuestro país (y en la de otros). Conviene empero que resuma algunas de las interesantes noticias que al respecto aparecen en la Enciclopedia de México. Se masticaba el chicle en México desde antes de la llegada de los europeos. Se dice que el norteamericano James Adams vio a Santa Anna, desterrado por entonces en los Estados Unidos, arrancar trocitos de un pan de chicle y masticarlos. Adams pensó que esta goma podría ser buen negocio e importó poco más de dos toneladas del producto para convertirlo en bolitas, que alcanzaron gran popularidad. La primera fábrica de chicles, de principios del siglo xix, se llamó Adams Chewing Gum Co. En el año 1986 (enero a septiembre) el valor de las exportaciones mexicanas de chicle fue, según la misma fuente de 1,365,789 dólares.

En el diccionario académico se consigna la voz chicle como un nahuatlismo propio del español de México (y, curiosamente, también del Uruguay), que designa, en primera acepción, una "gomarresina que fluye del tronco del chicozapote haciéndole incisiones al empezar la estación lluviosa". Aclara en seguida que "es masticatorio, usado por el pueblo y se vende en panes". Tiene una segunda acepción: "masticatorio que se expande en forma de pastillas o bolitas aromatizadas". Ignoro si "el pueblo" siga masticando el chicle de la primera acepción, que se vende en panes. Creo que no sólo el pueblo sino casi todo el mundo, en México y en otras partes, mastica chicle que se vende en forma de pastillas, y al que no sólo se aromatiza sino también se le añaden saborizantes (término no documentado en el diccionario de la Academia) de muy diversos tipos. Chicle, como toda voz que goza de vitalidad, ha generado derivados: chiclear(hacer la explotación del chicle), chiclero (relativo al chicle: persona que se dedica a la industria del chicle), chicloso (pegajoso). Sólo este último adjetivo (chicloso) se considera en el diccionario perteneciente al español general; las demás voces son también mexicanismos.

Ahora bien, me parece que en el español que actualmente se habla en México, el vocablo chicle designa, predominantemente, el masticatorio en forma de pastilla. Tiene plural, también muy empleado: voy a comprar unos chicles. Nunca he oído a alguien emplear la frase goma de mascar, para referirse a los chicles. Me sonaría muy raro, por no decir pedante, que alguien se dirigiera al comerciante diciéndole déme una goma de mascar. Revisé numerosos paquetes o cajitas de esas pastillas mascatorias. En ninguno vi

escrito el término chicle(s). Por el contrario, en todos leí, como designación genérica, goma de mascar. No encontré en el diccionario de la Academia, como forma compuesta, la expresión goma de mascar. Evidentemente se trata de un anglicismo. En inglés esas pastillas, casi desde su invención, se llamaron chewing gum (to chew `mascar, masticar'; gum: `goma'). Me pregunto por qué en todos los envoltorios se utiliza, como genérico, el anglicismo goma de mascar y en ninguno el mexicanísimo término chicle que es, por otra parte, la única voz que todos los mexicanos empleamos para designar esas pastillas. Podrá alguien pensar que no puede imprimirse en esos envoltorios el genérico chicle porque tal voz está registrada como marca. Quizá. Sin embargo el vocablo que veo ciertamente en algunos paquetes con la abreviatura m. r. es Chicléts (con mayúscula, acento en la é y ts final), que designa —eso supongo— un tipo particular de goma de mascar. Esos envoltorios llevan además la marca del fabricante propiamente dicha (Adams por ejemplo), también con las abreviaturas m. r. Por ello otros chicles de marca Adams, que no son tipo Chicléts, llevan el genérico goma de mascar más el tipo particular, expresado por otra m. r.: Trident (m. r.), goma de mascar, Adams (m. r.). Ello sucede con los mismos Chicléts: goma de mascar Chicléts Adams. Ignoro a quién corresponde determinar si el vocablo chicle equivale o es de tal manera semejante, en su fonética y en su grafía, a la marca Chicléts, que no puede emplearse, ni siquiera con valor genérico, en la publicidad de otro producto de la misma naturaleza, en otras pastillas masticatorias, en gomas de mascar de otra marca, en otros chicles. Más aún ignoro si alguien se lo ha preguntado o si alguien ha hecho uso de la voz chicle, como genérico, y ha sido demandado por ello. Hay unas pastillitas denominadas goma de mascar Canel's, que fabrica una empresa llamada precisamente Chicles Canel's S. A. de C. V.: en la razón social del fabricante aparece la voz genérica chicle y dudo de que la empresa propietaria del registro Chicléts haya hecho por ello alguna demanda. Por mi parte, creo que chicle y Chicléts son, estrictamente, dos palabras diferentes: una es grave o llana (chicle), la otra es aguda (Chicléts), el nahuatlismo original termina en e, la otra tiene como final el grupo consonántico ts. Bien podría decirse, por ejemplo, quiero unos chicles Chicléts. A lo mejor lo que sucede es simplemente que todos los fabricantes prefieren usar el anglicismo genérico goma de mascar; ya se acostumbraron a ello. Lo importante y, hasta cierto punto, lo definitivo es que los mexicanos, en su lengua hablada y escrita, siempre hemos preferido usar el vocablo chicle, de noble abolengo náhuatl, y no el anglicismo goma de mascar, que sólo emplean, en la publicidad, los industriales.

Agüitado

No se recoge en el diccionario de la Academia esta voz que, en el español que se habla en México, equivale a `triste, abatido, con el ánimo decaído'. Es participio pasivo del verbo pronominal agüitarse. Tampoco lo incluye García Icazbalceta en su célebre (e inconcluso) Vocabulario de mexicanismos. En el utilísimo Indice de mexicanismos (Academia Mexicana, México, 1998), que sistematiza los mexicanismos de 138 fuentes (o listas) publicadas desde 1761, tanto agüitarse (también agüitar) cuanto agüitado, escritas frecuentemente con h en vez de g, están documentadas en más de una docena de fuentes. La más antigua, en que queda consignado el vocablo, es el Diccionario de mejicanismos de Félix Ramos y Duarte (Imprenta de Eduardo Dublán, México, 1896). Aparece ahí el verbo agüitar, con la siguiente definición: `Dormir. Alteración de aguaitar'. En el diccionario académico, el verbo aguaitar tiene varios significados: "cuidar, acechar, mirar, espiar". Se

señala ahí mismo que en América aguaitar vale por 'aguardar, esperar'. Santamaría, en su Diccionario de mejicanismos (5a edición, Porrúa, México, 1992) consigna para agüitado el sentido que persiste hasta nuestros días: `triste, abatido, con el ánimo decaído en exceso'. Aclara que dícese de los animales, y aun de las plantas". De agüitarse anota: `entristecerse, debatirse, decaer el ánimo'. Precisa que es "muy usado popularmente". Santamaría no arriesga etimología alguna. En un artículo periodístico, Angel María Garibay ("Escarceos lingüísticos", Novedades,

12 de julio de 1961), después de aceptar las acepciones que proporciona Santamaría. lamenta que éste anote el origen de la palabra y propone en segunda, para agüitarse y agilitado un origen náhuatl. Recuérdese que el Padre Garibay era un

erudito nahuatlato. Explica que ambas voces proceden de un

vocablo náhuatl güito o huito. cuya forma primitiva es huiton: "Donde este vocablo se usa —sigue diciendo Garibay— y se usa en muchos lugares de la región central de México, significa `atontado, decaído, amortecido, bobo...'" En su opinión huiton tiene parentesco con el verbo huitomi, vocablo que tiene otras significaciones, además de las que le asigna Molina ('reventar el divieso', 'deshacerse el edificio', `soltarse el agua'): `arruinarse, derrumbarse. hacerse nada". Por tanto, metafóricamente, el ahuitado, está "como el muro que se desmorona, o el agua que se va, saltando sobre sus diques, rotos éstos".

No he encontrado alguna otra propuesta para el origen de agilitado. Si bien la definición de Ramos Duarte ('dormido) no parece convincente, la explicación del origen —ésa es al menos mi opinión— no debe verse como un despropósito. Sin embargo, aun aceptando la posibilidad de los cambios fonéticos que implica el paso de aguaitar a agüitar, me parece remota, por no decir inexistente, la relación semántica entre aguaitar y agüitar, incluso aceptando que agüitar significara dormir, pues ninguna de las acepciones de aguaitar se acerca siquiera a ese significado ('dormir'). Por lo que respecta a la etimología que propone Angel María Garibay, además de que necesitaría reforzarse con la opinión de otros nahuatlatos, sobre todo para confirmar el empleo actual del verbo huitomi en el náhuatl contemporáneo, tengo la impresión de que tampoco resulta fácil explicar ni los cambios fonéticos (huitomi> agüitar) ni, mucho menos, los semánticos ('derrumbarse' > `entristecerse').

No quiero terminar esta nota sin proponer, no sin cierta osadía, otra explicación del origen del verbo agüitarse y de su participio (adjetivo) agüitado. El diccionario académico registra el verbo acuitar, con la siguiente definición (acepción única): "Poner en cuita o en apuro, afligir, estrechar". Se anota en seguida que también se usa como pronominal (acuitarse). Tiene al menos dos derivados, lo que habla de su vitalidad (acuitadamente ['con cuita'] y acuitamiento [anticuado: `cuita']). Conviene transcribir también los significados precisos del sustantivo cuita: `trabajo, aflicción, desventura'. Acuitado, por tanto, equivale a `apurado, afligido, desventurado". Como se ve, agüitar bien puede derivar de acuitar. El único cambio fonético, es decir, la sonorización de la velar c (k> g), es muy fácil de explicar, si se considera que, a lo largo de la historia de la lengua española, son muy numerosas las sonorizaciones, que suponen un debilitamiento de la tensión articulatoria. La filología nos ha enseñado siempre, con referencia a la transformación del latín en español, que las consonantes sordas tienden a sonorizarse (y las sonoras a desaparecer. Así, el cambio de acuitara agüitar no es sino la aplicación de una regla de evolución muy conocida. Por otra parte. resulta innegable la estrecha relación semántica que se establece

entre acuitar, acuitado y agüitar y agüitado: 'apurado. afligido. desventurado' > 'triste, abatido, con el ánimo decaído en exceso'